

CÍBORGS

El sujeto occidental ha sido minuciosamente construido a lo largo de siglos de cultura con una imagen de integridad e inviolabilidad corporal. El cuerpo paradigmático, al menos en el imaginario, es un cuerpo impenetrable, de fronteras bien definidas con el mundo: aislado y autónomo, puro y homogéneo, esencial e invariable.

Sin embargo, una de las apuestas más sugerentes en las narrativas de nuestra era posthumana es un cuerpo aberrante según los cánones del humanismo: el cibernético.

Por un lado, porque los cuerpos cibernéticos quebrantan ese límite ficticio marcado por la piel inexpugnable: están íntimamente unidos mediante la tecnología que les ocupa, muta y desborda (prótesis y cirugías, ingeniería genética, interfaz directa con computadores...) a su contexto material y discursivo.

Además, porque son heterogéneos: participan de categorías mixtas, que minan las dicotomías u oposiciones binarias sobre las que se funda la cultura occidental (naturaleza/tecnología, original/réplica, verdad/simulacro, autonomía/indiferenciación...), y pecan así contra el orden genético (e ideológico) corrompiendo su pureza.

Y, finalmente, porque son construcciones: no sancionadas por la divinidad, y que no se pretenden por tanto esenciales, naturales, universales y eternas, sino coyunturales y mejorables, provisionales y elásticas, una especie de materia prima de la que todo procesamiento puede esperarse.

El cuerpo es siempre un correlato de la identidad. Si el sujeto occidental quiere identificarse simbólicamente con un cuerpo (mítico) cerrado y homogéneo, cuya imagen está íntimamente ligada a la percepción de un yo coherente y unitario (asimismo mítico), deben repelerle estos híbridos experimentales creados mediante combinaciones, sustracciones o añadidos ilegítimos.

Ante ellos, el individuo se siente amenazado, percibe un peligro que pone en duda su contención física, y con ella, la integridad de su estructura psíquica, su subjetividad.

Pero si esa integridad nos parece un mito y, más importante, una imposición, bien está amenazarla. A fin de cuentas, sobre ella se han construido los violentos procesos de normalización y represión de la otredad.

Quizá, más allá de su apariencia inquietante, estos cuerpos-collage de alto potencial metafórico puedan sugerir nuevas formas de ser sujetos, proponernos sistemas de identificación más complejos y abiertos, políticas inclusivas y no exclusivas con la diferencia. Quizá podamos aprender de ellos *“cómo no ser un Hombre, la encarnación del logos occidental”*¹.

¹ Donna J. Haraway: “Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza”, Cátedra, Madrid 1995, p. 297.